



ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS

EL mensaje del Presidente Cleveland, cuyo conocimiento tanto deseaba la opinión, ha sido interpretado por la prensa política con arreglo á los deseos ó conveniencias de cada partido. La mucha extensión del referido documento no nos permite ofrecer á nuestros lectores ni aun un reducido extracto del mismo; sin embargo, no dejaremos de hacer algunos comentarios acerca de uno de sus párrafos, toda vez que el contenido de los demás puede darse por comentado en lo que, acerca de la conducta de los Estados Unidos para con España, hemos expuesto varias veces en nuestras *Crónicas de la guerra*.

El párrafo en cuestión, el que demuestra cuánto es el orgullo de ese pueblo sin historia, cuán grande es su insolencia y cuán grande también el desconocimiento que de la realidad de las cosas tienen sus políticos, es aquel en que se declara que la República norteamericana no consentirá la intervención de ninguna potencia europea en los asuntos de Cuba.

Ciertamente que las Naciones europeas no tienen ningún derecho para intervenir en este asunto; pero ¿en qué hecho, en qué razón fundamental apoyan el suyo los Estados Unidos?

Únicamente en el de la conveniencia; pero esto podrá ser un *hecho*; un *derecho* jamás.

Por lo tanto, con mucha más razón que los Estados Unidos, curándose en salud ó cosa parecida, rechazan de antemano la intervención de Europa en la cuestión cubana, rechaza España la suya, por ser atentatoria al derecho de gentes, y más que nada á la dignidad de un pueblo que trata de resolver un problema de orden puramente interior, y cuya solución dificulta descaradamente otro pueblo ambicioso, entrometido é hipócrita.

En cuanto al párrafo en que se pone en duda el poder militar de España y por ende la eficacia de sus armas, huelga por completo el comentario.

Tocante á ese punto del mensaje, la contestación se la han dado á Cleveland, y muy elocuentemente por cierto, los soldados de San Quintín.

Que no son los únicos que tiene España en Cuba ni en la Península.

LA GUERRA DE CUBA CONSIDERACIONES

Aunque la muerte del cabecilla Antonio Maceo pretenden algunos considerarla como un hecho casual y desligado por completo de las operaciones generales de la campaña, bastará reconstruir en parte las que se han realizado en Pinar del Río para convencerse de que semejante aseveración no es cierta en absoluto.

Desde que el bizarro General Bernal diezmó en combate reñidísimo las bandas negras del mulato, no pudo ocultarse al buen instinto de éste que su permanencia en aquel territorio había de ser cada vez más difícil y comprometida.

Esta creencia se convertiría en certidumbre absoluta cuando nuestros soldados, bajo la inmediata dirección del General en Jefe, se apoderaron de las

lomas y comenzaron á destruir cuantos medios de vida podían ser utilizados por los rebeldes.

En apoyo de este aserto viene el disgregamiento de las partidas y su marcado propósito de no aceptar combates con nuestros soldados.

Pero Antonio Maceo no podía, sin desprestigiar-se y aun incurrir en la desconfianza de los suyos, prolongar por mucho tiempo tal estado de cosas, y, en su consecuencia, trazóse un plan muy en armonía con su especial situación y con su carácter aventurero.

Forzar la trocha por medio de un combate era empresa punto menos que imposible, pues aun lográndolo, no lo hubiera realizado sin perder la mayor parte de su gente.

En su consecuencia, pensaría en llevar á cabo algo menos militar, y por lo tanto, más en armonía con sus dotes de guerrillero, únicas de que, aparte el valor, que nadie le podía negar, estaba adornado.

Y una vez concebido y trazado el plan, comenzó á ponerlo en ejecución. La concentración de partidas que días antes del glorioso combate de Punta Brava comenzó á notarse en la provincia de la Habana, respondía, sin duda alguna, á sus propósitos.

Confiando, pues, en que al pisar esta provincia podría disponer de un fuerte contingente de rebeldes, abandonó la de Pinar del Río.

¿En qué forma?

Haya sido por mar ó haya sido por tierra, ni á nuestros marinos ni á nuestros soldados puede imputárseles el paso del cabecilla.

Un grupo reducido, aprovechando una noche borrascosa, puede burlar la vigilancia más exquisita.

Hay, además, otra razón, y razón muy poderosa, para que nuestros soldados y nuestros marinos no se sientan mortificados.



Teniente Coronel D. Federico Aldea.

(Fotografía de Otero y Colominas, Habana.)